

aquellos instantes la muerte á la vida (1).» Horrendos gritos de guerra y penetrantes silbidos se escuchaban en los escuadrones aztecas, al ver que los contrarios daban la vuelta hácia sus cuarteles. Las azoteas y las calles se cubrieron de guerreros, que se lanzaban como hambrientos tigres sobre su presa. Los españoles, defendiéndose con sus espadas y cubriéndose con sus rodela, se retiraban paso á paso, haciendo frente al enemigo, que procuraba desbaratarles para hacerles prisioneros y presentarlos como víctimas á sus dioses. Un asistente de Cortés llegó en aquellos momentos á caballo, obligando á los mejicanos á retirarse un poco; pero una lanzada que le dieron en la garganta desde una azotea baja, le dejó sin vida; y las distancias de los combatientes volvieron á estrecharse terriblemente.

Hernan Cortés y los que con él iban habian llegado á un sitio de difícil paso. Era una calzadita muy estrecha, dispuesta con anticipacion por los mejicanos, que se hallaba cubierta de fango, pues por ella salian y entraban en el agua millares de aztecas al atacar los flancos. El general español se detuvo en la retaguardia, conteniendo el ímpetu de los contrarios, mientras pasaba su fuerza. Un paje suyo y un camarista llamado Cristóbal de Guzman, se dirigieron, cada uno con un caballo, hácia el rumbo en

(1) «Dijome: «Vamos de aquí, y salvemos vuestra persona, pues sabeis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar;» y no podia acabar conmigo de que me fuese de allí. Y como esto vió, asíome de los brazos para que diésemos la vuelta, y aunque yo holgara mas con la muerte que con la vida, por importunacion de aquel capitan y de otros compañeros que allí estaban, nos recomenzamos á retraer.»—Tercera carta de Cortés.

que era el combate, para que Cortés montase en el corcel que primero llegase. El paje se presentó en la calzadita, y el general cabalgó inmediatamente en el fogoso bridon. Menos afortunado el desdichado camarista Guzman se vió acometido en una calle, y cayendo muerto su caballo al golpe de las lanzas y las macanas, se vió él hecho prisionero y conducido á una canoa, abrumado con el triste pensamiento del horrible fin que le esperaba.

Entre tanto la lucha seguia en el difícil paso de la estrecha calzadita. Su fangosa superficie, hundida en partes hasta el nivel de las aguas de las acequias que la orillaban, impedía que se afirmase el pie, y los que viendo obstruido el centro por la multitud, marchaban por las orillas, resbalaban y caian al agua, donde eran cogidos por los guerreros aztecas, y colocados en las canoas para conducirlos al templo del sangriento Huitzilopochtli, á quien serian en breve sacrificados. El jóven y valiente abanderado Corral, que pasaba al borde de la calzada con la bandera hecha trizas por la lluvia de flechas que sobre ella habian arrojado, viéndose empujado por una de las oleadas del centro, resbaló y cayó al lago. Dos canoas se dirigieron á todo remo para cogerle; pero en el momento que llegaban, el intrépido abanderado salia á tierra tremolando su estandarte, dejando burladas las esperanzas de los que pensaron aprisionarle y tener la gloria de llevar en triunfo el pabellon castellano.

Por fin logró Hernan Cortés, despues de una lucha tenaz y sangrienta, abrirse paso y llegar á la entrada de la calle de Tacuba, donde habia dejado dos cañones y la caballeria. Las pérdidas sufridas en aquella desastrosa reti-

rada, habian sido considerables. Habian quedado prisioneros sesenta y dos españoles; los demás se hallaban heridos; se dejó abandonada la pieza de artillería que llevó la columna; se perdieron muchos arcabuces, ballestas y espadas, murieron siete caballos, y perecieron cerca de dos mil aliados. El estado en que llegaban las tropas que se salvaron, era, por lo mismo, lamentable. El general español hizo alto para ordenar las destrozadas filas de su ejército. Los mejicanos, continuando la persecución, se presentaron bien pronto; pero destrozados por el fuego de la artillería y acometidos luego por los ginetes, se detuvieron á regular distancia. Entonces envió á decir al tesorero Julian de Alderete y al capitán Andrés de Tapia, que se replegasen á la plaza con sus respectivas divisiones. Aunque ambos jefes habian tenido reñidos encuentros en las calles por donde habian avanzado, no sufrieron descalabro ninguno al retirarse, pues «habian tenido el cuidado, dice Cortés, de cegar sólidamente todos los puentes que habian ganado.»

Reunidas en la plaza las tres columnas que formaban la división del caudillo castellano, se dispuso el orden en que se debia volver al campamento. Puso á la vanguardia á los aliados, porque por ella no habia que temer ningun ataque; colocó en el centro la infantería española, y él, con la caballería, se quedó en la retaguardia, que era el punto de más peligro en la retirada.

Impaciente se hallaba Hernán Cortés por llegar á su real. Ignoraba lo que habia acontecido en los puntos atacados por Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval. El descalabro sufrido por él, le hacia temer igual desgra-

cia en las otras divisiones. Cuando le preocupaba ese agitado pensamiento y se disponia á salir de la plaza, vió levantarse de los braseros que ocupaban el átrio superior del gran templo de Tlatelolco, el humo del odorífero copal que los mejicanos quemaban en honor del dios Huitzilopochtli, porque les habia concedido la victoria. Los himnos de triunfo, los gritos y los instrumentos de guerra resonaron en seguida por las calles inmediatas á la plaza. Millares de guerreros mejicanos que llegaban del rumbo del Tlatelolco, invadieron la calle de Tacuba, y subiéndose á las azoteas, enseñaron á los españoles varias cabezas ensangrentadas de sus compatriotas de los que acababan de ser sacrificados. «Sandoval» «Tonatiuh» gritaban con furioso acento teniendo asidas las cabezas del cabello y de las barbas. *Tonatiuh* era el nombre que daban á Pedro de Alvarado por el color rubio que tenia, y que significa *hijo del sol*. «Sandoval,» «Tonatiuh,» repetian sin cesar: «vedlos ellos son: han muerto con todos los suyos, reconocedlos.» Y entonces enseñaron mayor número de cabezas de españoles sacrificados.

Hernán Cortés y su gente sintieron oprimido el pecho con el terrible peso de la angustia. Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval eran las personas más queridas del ejército; los capitanes de más importancia y de mayor prestigio. Para el general español eran, además, sus amigos predilectos. Si habian perecido, á la pena de la pérdida de las personas queridas, se agregaba la consideración de que sus divisiones se encontraban destrozadas y prisioneras. Afectado profundamente su corazón, pero sin que por esto desmayase su ánimo invencible, emprendió

la vuelta hacia el campamento, ansioso de llegar pronto á él, para informarse de la suerte que habian corrido las otras dos divisiones y sus dos leales amigos. Los mejicanos continuaron molestando la retaguardia, enseñando sin cesar las cabezas ensangrentadas de los españoles, pronunciando siempre los nombres de «Tonatiuh» y «Sandoval,» y asegurando que el mismo fin les esperaba á todos los hombres blancos.

Al verse Hernan Cortés con sus tropas en su campamento y libre de la persecucion de los batallones aztecas, se propuso informarse de lo que habia pasado á las otras divisiones. Veamos nosotros lo que habia acontecido en ellas.

Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, habian marchado al asalto por sus respectivos rumbos, con un orden admirable. No encontraron obstáculo que no fuese vencido, foso que no pasasen, ni trinchera de que no se hiciesen dueños. Observando las instrucciones dadas por el general, habian cegado los puentes y cortaduras, dejando así segura la retirada. Los tlaxcaltecas y texcocanos, formando tambien dos cuerpos, avanzaban en la misma direccion. Los primeros, al mando del valiente Chichimecatl, iban de auxiliares de Alvarado. Los segundos, mandados por un notable jefe texcocano, iban en las fuerzas de Gonzalo de Sandoval. Los dos capitanes españoles, marchando de triunfo en triunfo y auxiliados eficazmente por sus valientes aliados, llegaron hasta muy cerca de la plaza de Tlatelolco, punto objetivo de las operaciones. Cuando alegres y resueltos se disponian á seguir el avance, soñando cada cual en la gloria de ser el primero en

penetrar en el cuartel general mejicano, vieron llegar sobre ellos, por los distintos puntos que llevaban, un número fabuloso de nuevos escuadrones de guerreros, lanzando horribles alaridos de guerra. La aparicion repentina de fuerzas numerosas mejicanas, llamó la atencion de Pedro de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval. Habian escuchado algun tiempo antes, el ruido del combate de la division de Cortés, que avanzaba por el opuesto lado, oyeron luego el terrible toque de la trompeta del Dios Painalton; los gritos y el estruendo de las armas que solian seguir á ese llamamiento de guerra, y por último, alejarse el estruendo, escuchándose en seguida los gritos de victoria lanzados por los aztecas. Todo esto les hizo temer que la division del general hubiese sufrido algun funesto descalabro.

La espantosa corneta volvió á sonar, cuando así pensaban, y en el instante mismo se vieron acometidos simultáneamente, uno y otro con furia espantosa, por los mejicanos que se metian por entre las espadas españolas, afanosos por cogerles prisioneros para ofrecerlos á sus dioses. La decision y el ímpetu con que acometian no pueden describirse. Bernal Diaz del Castillo, que pertenecia á la division de Pedro de Alvarado, dice que él no acierta á ponderar la ira y el esfuerzo con que se metian entre las filas españolas al escuchar el toque de la tremenda trompeta ansiosos de hacerles prisioneros. «Era cosa de espanto,» agrega el bravo soldado historiador, «que ahora que me pongo á pensar en ello, no me es posible describir; y es indudable que, á no mediar la misericordia de Dios, ninguno de nosotros hubiera vuelto vivo á su cam-

pamento (1).» Pedro de Alvarado, en la calle en que se hallaba, y Gonzalo de Sandoval en la suya, resistieron el empuje sin perder un palmo de terreno y disponiéndose á continuar avanzando. Entonces los mejicanos, para intimidarles y hacer que entrase el desórden y el desaliento en las tropas que mandaban, arrojaron de las azoteas á los soldados de Pedro de Alvarado, cinco cabezas de españoles, gritando: «ahí teneis las cabezas de vuestros compañeros;» y luego mostrando otras dos que tenian asidas del cabello, exclamaban á grandes voces: «Malinche,» «Sandoval,» indicando que eran las del general y su valiente amigo.

La misma escena se repetia donde atacaban á Sandoval, gritando: «Malinche,» «Tonatiuh.»

A la vista de este horrible espectáculo, se conmovieron una y otra division. Comprendieron que habia acontecido una terrible desgracia; pero hallándose cada cuerpo de ejército á distancia de media legua uno de otro, les era imposible averiguar en el instante lo que habia de positivo en lo que escuchaban (2). Entonces cada capitán dis-

(1) «Y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metia en los oidos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y así es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podíamos llegar á nuestros ranchos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y no sabíamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus ejércitos, si los habian muerto ó desbaratado, como los mejicanos nos decien cuando nos ar-

puso retroceder á su campamento. Los mejicanos, al conocer la intencion, cargaron con ímpetu indescriptible, procurando desordenar las filas de sus contrarios. Gonzalo de Sandoval, sereno siempre en el peligro, dirigió la palabra á sus oficiales y soldados en medio de la lucha. Les dijo que, entonces mas que nunca, debian mostrar el ánimo esforzado con que se habian distinguido en todas las batallas; y que si algun descalabro habian sufrido las otras divisiones, nadie debia desmayar por ello. Sandoval terminó recomendando que no se retrocediese un solo paso sin combatir, á fin de que la retirada fuese digna del ejército español (1). La vuelta al campamento se emprendió en el mayor órden aunque sosteniendo una lucha terrible con los escuadrones mejicanos, que acometian con ímpetu indecible. Acometida la fuerza española por todas partes, apenas contaba con un soldado que no estuviese herido, y aun el mismo Gonzalo de Sandoval recibió tres heridas, una en la cabeza, otra en el brazo y otra en la pierna.

Cuando las tropas españolas llegaron á sus cuarteles, los mejicanos trataron de asaltarlos; pero batidos por la artillería de los bergantines y por los cañones colocados

rojaron las cinco cabezas que tenian asidas por los cabellos y por las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y tambien á Sandoval é á todos los teules .. y no podíamos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y á donde desbarataron á Cortés era más lejos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Y de aquello vió el buen capitán Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, mas que de antes, é que no desmayasen, é que mirasen que al retraer no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque era angosta.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

sobre las calzadas, se retiraron á la ciudad para entregarse á la celebracion de la victoria alcanzada.

Los castellanos respiraron al verles alejarse. Se hallaban fatigados, heridos y con necesidad de algun alimento.

No fueron mas felices en el combate los soldados que marcharon en los bergantines, que los que asaltaron por tierra. Varados algunos en las estacas que en el fondo del agua habian clavado los aztecas, luchaba con desesperacion su gente para impedir que entrasen en ellos sus contrarios. Uno de los barcos varados, se vió abordado por varias piraguas de guerreros. La lucha que se trabó fué obstinada: casi todos los marineros y soldados españoles se hallaban heridos, y el bravo capitan que lo mandaba, se veía cubierto de sangre, de varias heridas graves que habia recibido. En aquellos instantes, fueron socorridos por otro bergantin mandado por el capitan Juan Jaramillo. La gente del barco encallado, pasó inmediatamente al que llegó felizmente en auxilio, y así logró salvarse, abandonando la nave encallada. Tres dias despues el capitan murió de resultas de las heridas. No se encontraba en mejor situacion el bergantin que mandaba el capitan Juan de Limpas Carbajal. Metido en medio de una estacada, combatia con extraordinario denuedo contra un número crecido de canoas que le rodeaban. Animando á su gente, logró al fin de imponderables afanes, derribar á fuerza de remo las estacas que cerraban el paso y surcar libremente las aguas. Fué el primero que rompió estacadas, y cuyo ejemplo siguieron en lo sucesivo los otros bergantines con feliz éxito. La ira de que estaba dominado al verse metido

en la celada, y los esfuerzos supremos que hizo para salvar su barco, luchando contra los que le acometian, llegaron, dice el bravo soldado historiador, á ensordecerle (1).

En cada campamento reinaba la ansiedad de saber lo que habia sido de los otros. Hernan Cortés, para averiguar la verdad, ordenó al capitan Andrés de Tapia que, acompañado de Guillen de la Leoa, de Juan Valdenebro y de Juan de Cuellar, hombre de notable esfuerzo y valor, marchase al real de Alvarado, á darle cuenta de lo acontecido y á informarse á la vez de lo que habia pasado. Montados en briosos corceles, partieron inmediatamente hácia Tacuba.

Guatemotzin, para impedir la comunicacion entre los campamentos españoles, habia situado algunas fuerzas en puntos convenientes; pero Andrés de Tapia y sus compañeros, atropellando con sus caballos al destacamento azteca que trató de impedirles el paso, llegaron al campamento de Pedro de Alvarado.

Entre tanto Gonzalo de Sandoval, cuidadoso de la suerte de su general y deseando conocer el plan de campaña que se debia seguir en lo sucesivo, resolvió pasar en persona á su real, sin cuidarse de las heridas recibidas en el combate. Dejó mandando sus cuarteles al capitan Luis

(1) «Y tambien tenian zabordado en otra parte otro que no podia salir, de que era capitan Juan de Limpas Carbajal, que en aquella ocasion ensordeció de coraje... y peleó por su persona tan valerosamente; y esforzó á todos los soldados que en el bergantin remaban, que rompieron las estacadas... aquete fué el primero que rompió estacadas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.